

á S. E. El General Presidente, escrita de mano del que escribe, manifestándole: que las fuerzas federales que le estaban subordinadas en el Sur de Michoacán, antes enemigas de su Gobierno por cuestiones de opinión y ahora enemigas por las de la patria, estaban dispuestas á unírsele como hermanas para cuplir con un sagrado deber, al hacer la defensa de la Nación, y á efecto de robustecer con ellas al Ejército Mexicano; y que, en consecuencia, quedaban aquellas desde luego á las órdenes del Gobierno, con sus respectivos Jefes, superiores y subalternos; por lo que, dispuesto á cumplir como soldado y caballero sus ofrecimientos, se ocupa ya de organizar lo mejor posible las mencionadas fuerzas á fin de marchar con ellas á la Capital de la República, y presentárselas al Gobierno, para que del modo que lo estimase conveniente, se utilizaran sus servicios que con gusto prestaría con los suyos, en favor de la defensa de la Nación tan injustamente amenazada.

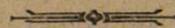
A esa manifestación sincera que reviste los más perfectos sentimientos de patriotismo y abnegación, contestó el General Santa Anna, aceptando el ofrecimiento de Don Gordiano, dándole las gracias por sus respetuosas atenciones y dejándole en libertad para que marchase á México en auxilio del Gobierno, tan luego como estuviesen listas las tropas de su mando para entrar en campaña.

Entretanto, los acontecimientos de esa época se violentaron demasiado y con ese motivo emprende su marcha Don Gordiano, en dirección á México dispuesto á prestar sus servicios, según lo tenía ofrecido. Llega en los primeros días de Enero de 1847, al Distrito federal tocando á San Agustín Tlalpam y desde luego se pone á las órdenes del General Don Juan Alvarez, que allí se encontraba con el mando de las caballerías del Gobierno, y por ese respetable conducto, sus respetos y subor-

dinación, disponiendo el Presidente en contestación que permaneciese Don Gordiano á las órdenes del General Alvarez, hasta nueva disposición.

Al separarse de Aguililla el General Guzmán con su brigada para ingresar al Ejército Nacional en México, con el propósito de combatir á los invasores del Norte, deja en comisión en aquel pueblo al Mayor Francisco Castorena, para que con la brevedad posible organizara la Guardia Nacional de aquella comarca, y con la que reuniera, se pusiera en marcha en dirección á la Capital de la República, pues que se necesitaba utilizar sus servicios, en la campaña ó en donde el superior lo dispusiera.

Por fin, la Guardia llega á la Capital á las órdenes del Mayor Castorena; se presenta con ella en tiempo oportuno y de orden superior, se le manda incorporar en el 2º cuerpo de Matamoros que fué al mando del Dr. Coronel Juan Ruiz, accidentalmente, á fin de utilizar sus servicios.



Movimiento de tropas de la Capital de la República

á las órdenes del General Santa Anna, para marchar á reforzar el Canton militar de San Luis Potosí.



El General Santa Anna de regreso de su destierro á la Capital, en Septiembre de 1846, y después de algunos días de descanso, manifiesta su opinión al Gobierno respecto de la invasión, indicándole ser conveniente que lo más pronto posible, se mandasen tropas á la frontera del Norte, para contener los avances del invasor, proponiendo el mismo

General marchar á la cabeza de ellas. El Gobierno de esa época atendiendo á tan justa como conveniente indicación, ordenó saliesen de la Capital 3,000 hombres de las tres armas, verificándose así en los últimos días del año antes citado, marchando socorridos con el haber de ocho días y á las órdenes del propio General, según lo solicitó, á donde debía establecerse el Cuartel general, como se hizo á los pocos días.

Mas tarde, en medio de circunstancias bien difíciles y de la pobreza del Erario Nacional, recibe el mando en Jefe del Ejército Mexicano; cuyo cometido desempeñó hasta donde le fué dable y le permitió su pericia militar, logrando organizar tropas de todas armas, en menos de dos meses y aumentarlas á la regular cifra de 14,000 combatientes.

Muchas y muy grandes penalidades atormentaban á los patriotas que acantonados en San Luis Potosí, se ocupaban en recibir instrucción en las maniobras militares para acometer al invasor, sin que después el Gobierno General hubiese mandado un solo peso, en Diciembre de 1846 y Enero de 1847, pero en defecto de esa remisión el General en Jefe asignó algunas cantidades que destinó á gastos militares.

**Es comunicada al Ejército la orden de
marcha para salir al encuentro del
invasor Norte Americano.**

Sin embargo de todas las ocurrencias indicadas, se da la orden de marcha para ir al encuentro del enemigo que se hallaba entonces en "Agua Nue-

va." Ese movimiento se emprendió, comenzando á salir las fuerzas escalonadas de San Luis, del 27 al 30 de Enero y por fin el 2 de Febrero de 1847. Hiciéronse en esa marcha 14 jornadas á paso forzado, del cantón Potosino á Angostura, tocando el Ejército en su tránsito las localidades siguientes: haciendas del Peñón y de las Bocas, pueblo de la Hedionda y del Venado, Mineral de Charcas, haciendas de Laguna Seca, de Solís, de Presas y pueblos de Matehuala y el Cedral, última localidad en que pernoctó el Ejército en poblado.

Esa expedición estuvo agobiada por innumerables sufrimientos, pues hasta los elementos parece que se conjuraban en contra del sufrido Ejército Mexicano, escaso de vestuario, y con ese motivo resintieron más los patriotas soldados que lo formaban, los crueles efectos del temporal que tan horriblemente se desencadenó en la última parada hecha en el Cedral que debe ser memorable; porque desde las seis de la mañana del día 30 de Enero del año citado, comenzó á caer la nieve como si hubiera sido un polvo de harina sobre aquella masa de hombres; y aumentando por grados el frío, al desprenderse las aguas coaguladas, en tanta cantidad que las tropas mal calzadas y peor vestidas y alimentadas, caminaban sobre una alfombra de nieve, de más de siete centímetros de espesor, en algunas partes, y en otras, como de cincuenta. Muchos soldados, mujeres y niños sucumbieron por los terribles efectos de la nevada, en aquel funesto día, llevando la peor parte los cuerpos á quienes sorprendió ese desastre al entrar al inmenso llano que hay desde el Cedral hasta el Saltillo.

No fueron menos los sufrimientos de las tropas en las siguientes jornadas; porque pernoctando en campo raso, sin alimentos y sin agua, la salud del Ejército iba decayendo y sus fuerzas se extinguían

por grados. La jornada que se hizo en un paraje llamado las Animas, en donde solo se encontró una noria con agua salada y ni un pequeño arbusto en que refugiarse, no fué menos mala que las anteriores; ocurrencias todas que hicieron decaer mucho la moral de la tropa. La siguiente tuvo lugar en la hacienda del Saiado. Al siguiente día se hizo otra en el rancho de San Salvador, que no produce pastos y en donde su agua es doblemente salada; y la última se verificó en la hacienda de la Encarnación, ambos puntos de terrenos ingratos por no llamarles malditos, faltos en lo absoluto de agua potable, y en este último predio fueron haciendo alto los cuerpos del Ejército á efecto de organizarlos, supuesto que el enemigo se hallaba á corta distancia; y en todas esas jornadas, lo mismo que en la primera, se resintió mucho la salud del Ejército.

En esa inteligencia, los días 18, 19 y 20 de Febrero se ocuparon las tropas en alistar sus armas y prepararse para la batalla.

El sábado 20 á las cinco de la mañana, se pasó revista general y por los estados de fuerza, apareció un total de 14,018 individuos de tropa de todas armas. La orden de marcha se dió en la misma hacienda de la Encarnación á las ocho de la mañana de ese día y todo quedó preparado para el siguiente día 21 del mes citado.

Amaneció el día ¡Un sol abrazador agobiaba el espíritu y anunciaba que sería la última vez, en que el Ejército le miraría á pié firme! En la mañana indicada, por todas partes los soldados, mujeres y niños, corrían á las Norias para tomar y proveerse de agua, pues por la orden general, se previno que no se tomara ese líquido en todo el camino, sino hasta quitarlo al enemigo. En medio de aquel desorden espantoso por el afán de llevar el agua, la orden de marcha se acercó, y en conse-

cuencia, el clarín á las 11 de la mañana del citado día, anunció el momento de partir, marchando á la vanguardia los cuerpos ligeros con una batería de artillería, y la correspondiente dotación de municiones. Le siguió la primera División, al mando del General Manuel María Lombardini; luego la segunda á las órdenes del General Francisco Pacheco; y después la tercera, á cargo del General José María Ortega, todas con su artillería y dotación de municiones.

Desde el momento de la marcha, no paró el Ejército un instante, hasta las dos de la mañana, en una cañada que forman los puertos de Peñones y el Carnero para descansar mientras venía la luz del día, recibiendo el Ejército una cruel y espantosa helada que se descargó en aquel paraje, siendo tan intenso el frío que el alcohol de mezcal y el agua salada que llevaban algunos en botellas, se congelaron por completo.

Viene el día 22 y á sus primeras horas, se emprendió la marcha sobre el enemigo que se suponía á muy corta distancia, más como él había sabido la aproximación del Ejército Mexicano, abandonó la hacienda de Aguanueva, después de haberla quemado y arrojado la menestra que iba á comer, y se retiró poco más de 25 kilómetros distante de ese punto, al paraje denominado el Chupadero, ó sea la «Angostura.»

Por fin, se llegó á ese lugar tan deseado y el enemigo no parecía, siguiéndose la marcha en pos de él; y después de haber caminado 33 kilómetros desde el punto del Carnero hasta la cañada de «Angostura,» al fin se encontró al enemigo y se hizo alto á su frente, esperando la hora del combate.

Ya cuando llegó el Ejército al lugar antes indicado, el General Santa Anna, acompañado del Comandante general de Artillería, General Antonio Corona, había reconocido el campo, y en seguida

distribuyó en persona las Divisiones y Brigadas que debían combatir en aquel sitio.

En vano parece referir el estado en que llegó el Ejército Mexicano á los campos en que se trabó la lucha, porque el público conoce bien todos los episodios de esa campaña, pero no está por demás mencionarlos someramente como un recuerdo: "Eran las cuatro de la tarde y la mayor parte de las tropas no habían bebido agua desde el domingo 21, y en todas las jornadas del tránsito desde San Luis Potosí, se alimentaron muy mal."

Las caballerías quedaron bastante aniquiladas por no haber recibido pienzo, puestas sus monturas dos días sin quitárselas un momento siquiera, porque así lo exigieron las circunstancias. En todas partes presentaba el Ejército Mexicano un cuadro desconsolador y triste; pero dentro de los valientes que lo componían ardía el fuego patrio, que todo lo robustece. Aquellos valientes soldados de México parecían avasallados por la miseria, el mal temporal, el cansancio y otros contratiempos; pero al siguiente día lunes 22 del mes citado, dieron muestras de fiereza y vencieron en "Angostura" al orgulloso Ejército del Norte.

Mas ese triunfo obtenido en los momentos en que las pasiones políticas luchaban en la Capital de la República, y dos partidos denominados Polkos y Puros, se agredían mutuamente por cuestiones de los bienes del clero, no se aprovechó ese hecho de armas ni se le dió el mérito debido, sino que se dió preferencia á la discordia precursora de tantas desgracias para el país y que lo condujeron hasta el humillante grado de hacer tratados de paz con el enemigo, tan ignominiosos como los llamados de "Guadalupe Hidalgo," celebrados el 2 de Febrero de 1848, á los que se opusieron varios valientes y buenos mexicanos que fueron víctimas de su patriotismo.

Si se describiera la penosa retirada de los numerosos enfermos de tropa atacados de disenteria, por causa del agua salada y malos alimentos que tomaron en la expedición, quedando muchos muertos en diversas poblaciones del tránsito, no solo de aquella enfermedad sino aun de insolación, y pudiera describirse el cuadro conmovedor que presentaban los heridos hechos por el enemigo, se atormentarían los corazones de los buenos mexicanos, se llenarían de horror y se prestarían á la venganza, contra quien haya sido la causa de tantas fatalidades.

De regreso el Ejército mexicano del lugar de la lucha á San Luis Potosí, y después de algunos días de descanso, la mayor parte de él siguió su marcha para la Capital de la República, en donde se hacía preciso la presencia del General en Jefe D. Antonio López de Santa Anna, quedando en aquella población varios cuerpos á las órdenes del Comandante general Don Juan Valentín Amador, cuya persona estaba encargada del cuartel maestro del Ejército del país.

Una vez en la Capital el General en Jefe con las tropas llegadas de San Luis, se destinaron éstas á la defensa del Valle de México, entrando en nuevas fatigas en los hechos de armas que tuvieron lugar en Padierna y Churubusco, en los días 19 y 20 de Agosto de 1847. En el Molino del Rey, el 8 de Septiembre, y en Chapultepec, el 13 del mismo mes y año, fecha en que por una fatalidad el Ejército Mexicano fué derrotada por completo en aquel lugar por las huestes invasoras. A esas acciones de armas asistieron las caballerías que mandaba el Jefe insurgente General Suriano Don Juan Alvarez, de las cuales formó parte la Brigada del patriota General Gordiano Guzmán, y por motivo de aquella derrota cada uno de los Jefes de Brigada ó cuerpo sobrantes, regresaron de

orden superior, á los puntos de su procedencia, contramarchando también para Aguililla el Sr. Gordiano al frente de su Brigada.

El que escribe estas líneas fué testigo presencial de los episodios militares que antes se refieren y de los sufrimientos de las tropas mexicanas en la campaña de "Angostura," lo mismo que de los ocurridos en el Valle de México, por haber combatido en 1847 contra los invasores del Norte, en la clase de sargento 2°, agregado al Regimiento Activo de Morelia, que mandaba entonces el General Angel Guzmán.

El General Gordiano al abandonar á Chapultepec, último punto de defensa que, en verdad, fué bastante heroica la que allí se hizo por los alumnos del Colegio Militar auxiliados de las fuerzas del Gobierno, deja escapar un suspiro lleno de melancólica expresión, diciendo algunas frases que el Mayor de infantería Francisco Castorena interpretó en los términos de la siguiente poesía.

«Si los preclaros héroes que á la Patria
Gloriosa libertad darle supieron
Se levantarán de sus quietas tumbas
Hoy de las armas el feroz estruendo
Y el estrellado pabellón del Norte
Vieran flotar en nuestro patrio suelo,
De nuevo morirían avergonzados
De hijos ingratos que olvidar pudieran
Tanta preciosa sangre derramada
Tanto heróico valor y tanto esfuerzo
Nueva muerte les dará la amargura
Al contemplar hollando al extranjero
En cuarenta y siete la Nación que un día
Libre y altiva nos dejaron ellos
Desventurada patria mía tu congoja
Tan solo puede remediarla el suelo.»

Sin embargo de los acontecimientos de Chapultepec, el 13 de Septiembre de 1847, sin embargo

también de haber ocupado los invasores con aquel motivo la Capital de la República, y sin embargo, por último, de la notable superioridad del ejército del Norte, respecto del de México, en virtud de su buen armamento, magnífica artillería y abundantes municiones de guerra y boca, el insurgente General Gordiano esperaba que el Gobierno de la Nación reorganizara y aumentara su Ejército para volver á la carga, aun con su mal armamento y peor equipo, á efecto de que se decidiese en el campo del honor cuestión tan intrincada en aquella época; y en ese concepto esperaba ser llamado de un día á otro al servicio en defensa de un asunto de tanta importancia para los intereses y dignidad nacionales.

Mas por desgracia no fué así, en virtud de que la administración de entonces, arregló sus diferencias con el Norte en el terreno de la diplomacia; y en atención á lo convenido entre los representantes de ambas naciones, el Ejército del Norte abandonó el suelo mexicano después de aprobados y firmados los convenios de paz, celebrados en Guadalupe Hidalgo, el 2 de Febrero de 1848. En consecuencia ya no hubo otra cosa que hacer; y en virtud de ese arreglo, el referido General Gordiano, continuó en el hogar disfrutando de los goces de la vida privada.

De la expedición á la Angostura y defensa del Valle de México, existen todos sus antecedentes en el archivo de la Secretaría de Guerra, de donde se han tomado los anteriores.

En la época de que se viene tratando, tendría Don Gordiano unos 60 años; era de complexión fornida, regular estatura, de buena salud, color trigueño; pelo y barba negros, entre canos rasurados por completo; de regular educación, buenos sentimientos, carácter serio, pero amable y de fisonomía simpática: hablaba poco y nunca salía de sus